

## Contribución a la Historia del Tifo que invadió la Ciudad de Oaxaca el año de 1915

POR EL DR. RAMÓN PARDO

Durante los últimos meses de 1915 y primeros de 1916, se desarrolló, en la ciudad de Oaxaca, una epidemia de tifo exantemático; la brusquedad de su aparición, la creencia popular de que esta capital, por las condiciones de su clima, no se prestaba a la difusión del tifo, creencia corroborada, en apariencia, al menos, por el hecho de que los casos aislados, que, de tiempo en tiempo, se presentaban, desaparecían sin propagación alguna, y el detalle de que la mayoría de los médicos, habiendo hecho sus estudios, en la ciudad de Oaxaca, se encontraban, de pronto, frente a una enfermedad mortífera que no habían tenido oportunidad de observar; fueron circunstancias que, en aquella época, dieron a esta epidemia, un interés particular. El presente estudio se propone presentar a esta docta corporación, alguna característica de aquella calamidad social.

Las dificultades inherentes a esta clase de investigaciones varían, naturalmente, con las condiciones del medio y el campo que tiene ante sí el observador; los casos particulares, relativamente, fáciles de comprender en su origen y en sus consecuencias, si se destacan en una capa social superior; son rebeldes al análisis cuando aparecen en un medio que, por sus miserables condiciones de educación y de cultura es propio para sustraerlas a las miradas del médico y a la atención de las autoridades. En estas condiciones, aunque la observación se efectúe en presencia de los acontecimientos, se encuentran, para historiarlos, dificultades inaccesibles: la pequeña epidemia de meningitis cerebro-espinal que presenciarnos en Oaxaca, en un cuerpo de tropa, hace tres años; se pudo seguir, paso a paso en su marcha y dirección y, sin embargo, no habiendo sido diagnosticados los dos o tres primeros casos que ocurrieron en el hospital, fue imposible señalar el origen de la epidemia; ni en los registros diarios de las comisarías pudo encontrarse el nombre del ser anónimo que inició aquella infección.

La epidemia de tifo de la ciudad, de 1915, continuación de la que en

los años de 1908 y siguientes, asoló varios pueblos del Valle de Oaxaca y de la sierra de Ixtlán; debe a esa circunstancia, las obscuridades de su historia; no obstante, la sombra no es tan densa que no se pueda seguir el hilo de los sucesos, bosquejar su marcha, apreciar su extensión, valorizar su importancia y, sobre todo, ilustrar el caudal de experiencia, por la que un pueblo aumenta sus posibilidades de vida, en el seno de la civilización.

Entiendo que los lugares, avanzados en educación media y provistos de una policía sanitaria, cuidadosamente organizada; pueden proporcionar datos seguros sobre el origen de una epidemia posible; pero la excelencia, misma, de sus recursos, les impide presenciár una epidemia en su expansión natural, y no podría negarse que una expansión, en tales circunstancias, sea para el higienista, una fuente de útiles indicaciones.

La epidemia de tifo que, en 1915, atacó la Capital de mi Estado fue una serpiente que atravesó, lentamente, el valle de Oaxaca, siguió los senderos de sus campos, las escarpaduras de sus sierras y salió de la zona templada, cuando debía salir y por el único camino que era posible seguir; fue una serpiente que huía de los poblados por poco que una mediana cultura hubiera llevado, allí, los hábitos comunes de limpieza y que penetraba, sigilosamente, enroscándose en ellos, dejando el centro vacío, sin condiciones apropiadas los convertían en guaridas de la fiera, donde encontraba la muerte el que se acercaba a ella, cualesquiera que fuesen sus condiciones sociales.

Tengo la creencia de que una epidemia de tifo podría orientarse, dirigirla sobre unos puntos, alejarla de otros; el reptil obedecería, dócilmente, con la fatalidad que deriva de una ley biológica, siempre que se manejaran, convenientemente, los dos factores que constituyen las condiciones necesarias de su vida: la miseria y la mugre.

\*  
\*  
\*

El que quiera encerrar, en una idea general, toda la gama de climas que ofrece el Estado de Oaxaca, habrá de imaginarse dos anillos concéntricos, el primero interno, formado por los Distritos de Ixtlán, Tlacolula, Ocotlán, Zimatlán y Etla con una prolongación sensible al N.O. sobre la región Mixteca y la otra al Sur sobre los Distritos de Ejutla y de Miahuatlán, es una zona templada; el otro que circunscribe al primero, es caliente, se forma con los Distritos de Teotitlán, Cuicatlán, Tuxtepec, Yautepec, y Tehuantepec; cierra la prolongación de Ejutla y de Miahuatlán con el Distrito de Pochutla y la de la Mixteca con los de Putla y Jamiltepec, y la zona cálida, también, que de Matamoros y Chietla del Estado de Puebla se extiende, por Acatlán, hasta los límites con Huajuapam. En el centro de

estos anillos, habrá de colocarse la ciudad de Oaxaca rodeada de los pueblos que, con ella, forma el Distrito del Centro.

La zona caliente, especialmente, en la parte que corresponde a Teotitlán y Cuicatlán, sobre la vía del ferrocarril del Sur y, también, a Tuxtepec, proporciona el paludismo que puebla los hospitales de la ciudad; la zona templada, con sus dos prolongaciones fue la escogida por el tifo, para asentar sus dominios.

He dicho, en una idea general y así es; los accidentes del suelo establecen diferencias locales dentro de las condiciones generales de la zona, ya sea la cálida o la templada; Tehuantepec, por ejemplo, cuya cabecera no se alza a más de 36 metros sobre el nivel del mar posee alturas como la del Tabaco Montés, que mide 2,700 metros y pueblos, como Santiago Tutla, con una altura de 1,480 y San Pedro Chimaltepec con 1,600 metros por encima del mismo nivel.

Igual fenómeno se observa en los pueblos de la zona templada que mencioné, anteriormente, basta considerar que tienen parte de su territorio en el valle de Oaxaca y parte sobre las estribaciones de las sierras; así, la temperatura máxima media normal es, en este valle, de 30°75 c. a la intemperie y la mínima de 13°20 c.; pero las diferencias de altura establecen, aquí, también, diferencias locales climatológicas; en Etna, por ejemplo hay alturas como el Cerro Negro que mide 2,792 metros; en Zimatlán la cumbre de Lachixío, alcanza 2,960 metros de elevación, el Cerro de Yaxe, en Ocotlán, tiene, no menos de 2,700, en Tlacolula hay alturas, como la de Quietune, de 2,728 metros; en el Distrito de Ixtlán, cuyo suelo nunca baja, en altura, de 1,050 metros; hay cumbres como la de Dos Cabezas con 3,100 metros de elevación.

Esta misma condición de la altura hace que, estando en la zona tórrida, la temperatura de estos pueblos sea menor que la teórica del paralelo que corre bajo su suelo; la altura de las cabeceras respectivas es, en números redondos, para la ciudad de Oaxaca, de 1,564 metros, para Ocotlán de 1,562, Etna 1,632, Tlacolula 1,600, Zimatlán 1,568, e Ixtlán 1,886 metros, sobre el nivel del mar.

Todos estos pueblos, Cabeceras de los Distritos que voy teniendo a la vista y los de las prolongaciones de que hablaba, anteriormente, y sobre cuya situación topográfica no me detengo por creerlo innecesario, supuestos los datos anteriores; están unidos por amplias vías de comunicación y sostienen, entre sí un comercio que se activa los días de tianguis; estos días varían para cada pueblo; así, tiene lugar los jueves en Ejutla, los viernes en Ocotlán, los sábados en Oaxaca, los domingos en Tlacolula, etc., etc.; un germen infeccioso, una idea política llegados a cualquiera de estos sitios, los recorre, todos ellos, en el término de una semana; la ciudad de

Oaxaca, con sus valles y las sierras que la rodean, no sólo constituye una unidad, desde el punto de vista político, lo es también, desde el punto de vista patológico; agreguése que todo el Estado se orienta en el sentido del paralelo y se abrirá la puerta a interesantes consideraciones de carácter sociológico y político; pero no tenemos para qué seguir ese camino.

\* \* \*

Enseñan los datos anotados, a propósito de los orígenes de la epidemia, en cuestión que, a mediados de 1907, un trabajador de la hacienda de Yaxe, de regreso a Chichicapam, su tierra natal, de un viaje a la capital de la República: enfermó de tabardillo, contagiando a su familia, haciéndose esta familia, el núcleo de un foco de tifo que azotó al pueblo de Chichicapam; y agregan esas notas que la viuda de ese trabajador, muertos el esposo y los hijos, pasó al pueblo de Huilá del Distrito de Tlacolula, distante ocho kilómetros de Chichicapam, que pertenece a Ocotlán, En aquel pueblo, murió contagiando a sus allegados y dando nacimiento a otro foco que constituye la segunda etapa en el camino de la epidemia.

El nombre de ese desconocido, si existió, permanece, para mí, en la sombra; lo cierto es que la epidemia iniciada en Chichicapam, pasó al pueblo de Huilá, haciéndose notar lo suficiente para que, a principios de 1908, el Gobierno del Estado se preocupara por combatir ese foco; para el efecto, fue enviado a Huilá, el Dr. Reyes; pero la Providencia fue inútil, el Dr. Reyes tuvo que regresar; diez pesos diarios, pareció un sueldo demasiado fuerte, para un médico que iba a carecer de todo, en un pueblo de indios infectados por el tifo.

Del pueblo de Huilá, el tifo se propagó al de San Dionisio, donde residía la parroquia de Huilá y distante de él, cuatro kilómetros; el sacristán del señor Cura, su acompañante, en una confesión, habría sido la primera víctima en el pueblo de San Dionisio que se encuentra colocado sobre el camino que va de Oaxaca a Tehuantepec; tiene, por un lado, la zona caliente en la parte que corresponde a Yautepec y, por el otro, la zona templada de que forma parte el Distrito de Tlacolula; éste fue el camino elegido por la epidemia decidiéndose, con ello, la suerte de la Capital.

El tifo tocó los suburbios de Tlacolula, sin penetrar al corazón de este pueblo, antes bien se bifurcó, para invadir, como lo indica el trazo de uno de los mapas que acompaña este trabajo, por un lado, los pueblos de Santa Cruz Papalutla, Abasolo, Teitipac, Rancho de Rojas, Santa Cruz Papalutla, distante 24 kilómetros de Oaxaca era el centro del foco, que, también, invadió los pueblos de Guelasé, Guelavía y otros poblados cercanos.

Olvidaba decir que el Dr. Reyes sólo permaneció 8 días, durante el mes

de mayo, en el pueblo de Huilá; al establecerse el tifo, en los poblados que acaban de mencionarse, últimos meses de 1908, el peligro era grande para la ciudad de Oaxaca; el Gobierno preocupado por la economía envió a este núcleo, al estudiante del quinto año de Medicina Sr. Dionisio Pelayo, quien estableció su centro en el pueblo de Papalutla; el resultado no se hizo esperar, no habían pasado tres meses cuando el Sr. Pelayo moría, víctima de la infección en el mismo pueblo de Santa Cruz.

Es penoso apuntar tales datos; en aquel entonces gobernaba Oaxaca un hombre inteligente, ilustrado, honrado a carta cabal y que contaba con medio millón de pesos en la Tesorería del Estado; quizá se encuentre la explicación de estos hechos, en que radican fuera del campo de acción de una actividad mental orientada en determinado sentido.

A partir de febrero de 1909 en que murió el practicante Pelayo, el tifo quedó otra vez dueño absoluto del campo; la otra rama de bifurcación partió hacia el Norte en dirección a los pueblos de Santa Ana, Santo Domingo y Teotlán del Valle, colocándose así, en la frontera de Tlacolula con el Distrito de Ixtlán. En este itinerario sigo la dirección principal, dejando sin mencionar los focos de irradiación que comprendían a veces, pueblos tan importantes como Mitla; pero que no aclaran, sino antes bien, oscurecen la línea directriz de la infección, quedando esas irradiaciones sujetas, en todo caso, a las vías de comunicación que existen entre esos pueblos sucios, como la gran mayoría de los pueblos indígenas del Estado.

Durante el resto de 1909 y el curso de 1910, el tifo invadió de lleno el territorio de Ixtlán avanzando, sucesivamente, sobre los pueblos de Lachatao, Ixtlán, Jaltianguis, Analco, Atepec y Lubina, situados en la línea que se indica sobre el plano; Lubina se encuentra a noventa y seis kilómetros de la ciudad de Oaxaca y a treinta y seis de la cabecera de Ixtlán; más allá el pueblo de Macuiltianguis, no invadido por el tifo y, en seguida, la zona de la Chinantla, es decir, el anillo cálido en la parte que corresponde al Distrito de Tuxtepec; aquí, como en el pueblo de San Dionisio, sobre el camino de Tehuantepec, el tifo se detuvo ante la zona caliente.

Atacados de este modo los pueblos de Sierra Juárez, el Gobierno del Estado que, por los acontecimientos de la época, había pasado a otras manos, intervino, nuevamente, enviando a Ixtlán, en enero de 1911, al señor Rómulo García, estudiante de Medicina que acababa de terminar su carrera y preparaba su examen profesional; el Sr. García marchó hasta Lubina; en el mes de marzo, es decir, dos meses después, moría de tifo en aquel remoto pueblo.

Y es que mandaban las víctimas a la hoguera, sin que mediara ni plan ni reflexión alguna; imploraba un pueblo el auxilio del Gobierno y tratándose de indios ajenos, por completo, a toda educación médica, se creía ha-

cer demasiado con elegir un practicante y enviarlo con escasísimos recursos y sin protección alguna a curar enfermos, no a combatir una epidemia; se callaban los pueblos y entonces, ahí quedaban las cosas, de esta manera, se tenían hechos aislados, puntos culminantes, pero sin conexión entre sí y no apreciándose las relaciones presentes, menos se consideraban las posibilidades futuras. Cuántos indios murieron en esos años? no lo sabemos y, probablemente, no lo sabremos nunca, quizá muchos, quizá pocos, el indio suele presentar, ante algunas infecciones resistencias inesperadas, tal sucede con la sífilis, tal sucede con el tifo, como si cierto grado de inmunidad ancestral, flotara por encima de sus generaciones actuales.

Lo probable es que la infección presentara exacerbaciones y períodos de remisión, así lo hace pensar su manera de atacar a la ciudad de Oaxaca; y que dejara focos endémicos, en los pueblos que, a ellos se prestaban, en virtud de sus circunstancias: de todos modos, esa vecindad no puede ser inofensiva; de tiempo en tiempo, se observan, en la ciudad de Oaxaca, casos de tifo, cuya conexión con esos focos, puede establecerse, perfectamente, cuando a ello se presta la inteligencia y la posición social de las personas: Recuerdo el de una señora de origen polaco, atacada y muerta de tifo, en momentos en que no existía en la ciudad un solo caso de éste y que días antes había estado en contacto con unos indios de Santo Domingo del Valle, vendedores de una mercancía que mucho gusta a los extranjeros, y el de un caballero alemán muy distinguido, muerto, también de tifo, en 1922, sin que existiera otro caso en la ciudad y que fue atacado diez días después de tener un largo contacto con indios de la Sierra de Juárez, por razones comerciales; lo más notable del caso es que, durante la enfermedad de este señor; de esa Sierra se pidió auxilio al Gobierno, porque el tifo hacía su aparición en algunos de esos pueblos, quizá se trataba del despertar de uno de esos focos establecidos en el ataque que venimos refiriendo; aún en el curso de la epidemia, pudo establecerse alguna de estas conexiones, elijo, entre otras, el caso que, en el mapa de la mortalidad se ve, completamente solo, frente al paseo Juárez, en un chalet ubicado en la séptima calle del Progreso; ese joven que vivía en un medio higiénico indudable, estuvo en contacto con un grupo de indios de la Hacienda Guendulain perteneciente al sector infectado de Santa Cruz Papalutla; pocos días después era atacado de tifo y moría de esa enfermedad.

Ninguno de estos casos, ni los que me tocó atender en el mejor medio social, fueron seguidos de contagio alguno; la limpieza, la limpieza de ropas y de cuerpo es la primera condición para sofocar un tifo y matarlo sobre el lugar; así, casos como los que acabo de citar, deben ser una excepción, como origen de una epidemia de tifo; de buena gana diría que jamás le dan principio; la fuente generadora de la difusión epidémica se encuentra en otra parte; así lo vamos a ver en las líneas subsecuentes.

Durante el mes de enero de 1914 moría en el Hospital General María de Jesús Sánchez y después José María Manuel, la primera venida de Tlacolula y el segundo de Santa María del Tule; punto de partida el primer pueblo y dependiente el segundo, del foco infectado de Santa Cruz Papalutla, a estos siguieron Estéfana Jiménez y Juana Hernández, muertas la primera en la octava de Guerrero y la segunda en la cuarta de Rayón, estas calles radican en el extremo Oriente de la ciudad, la rosa de los vientos las señala como formando parte de la entrada natural a Oaxaca de los pueblos infectados: por lo demás, las dos enfermas que acabo de mencionar, eran originarias, la primera del pueblo de Tlacolula y la segunda de Tlalistac, pueblo que confina y está en íntimo contacto con Santa María del Tule.

A estas muertes siguieron otras y otras, hasta contarse once defunciones, incluso las mencionadas, anteriormente, de las cuales, como acaba de verse, sólo dos tuvieron lugar fuera del Hospital General; los nombres que acabo de mencionar de los primeros infectados, los conocen los señores Académicos, porque han sido recogidos exprofeso; pero en aquella época, nadie los conoció, ni se supo nada de la historia de su vida y de su muerte, menos podía apreciarse su importancia en esos días; al principio de las epidemias, se encuentran estos desconocidos fatídicos que, en todas las sociedades, viven bajo una capa que no ha descascarado la educación para sacarlos a la luz.

El tifo se deslizaba, sigilosamente; sin embargo, entre las defunciones anotadas, hubo una que, bruscamente, llamó la atención sobre el peligro: el Director del Hospital General, Dr. Luis Flores Guerra, moría a fines de febrero, habiendo sido mordido al ponerse en contacto con la sierpe; fue el grito de alarma, el alerta, después del cual todos se cuidan, cada quien se defiende como sus recursos se lo permiten y, el reptil se retrajo, todavía en el mes de marzo hubo 8 defunciones de individuos venidos, unos de los pueblos infectados, residentes otros, quizá, en algún barrio de la ciudad y muertos en el Hospital General y digo quizá, porque respecto a su origen, habitación, edad, condición social, sólo se halla la nota de «se ignora» pero en el mes de abril hubo una defunción más, en el Hospital General y otras dos en cada uno de los meses de mayo y junio; en julio nada en el hospital

y menos en la ciudad en la que, en rigor, de enero a marzo, hubo únicamente seis defunciones acaecidas en los extremos Oriente y Sur de la población.

Este movimiento de retracción, esta vacilación, en el ataque, después, de las primeras víctimas; se encontró igualmente, en la cabecera de Tlacolula, y, probablemente, fue lo mismo en las otras cabeceras, según las noticias que me ha sido posible recoger; el tifo rodea, acecha y, antes de herir, parece vacilar como acabo de decirlo; pero a su tiempo, el golpe es, verdaderamente, brutal; y es que si alguna infección se encuentra ligada a las condiciones sociales de las poblaciones, es seguramente, ésta; las nuestras, en aquella época, en sus alzas y bajas, fueron reflejadas, perfectamente, por la epidemia.

En el mes de julio, cuando todo parecía haber concluido, hubo un acontecimiento interesante, los líderes de los pueblos de la Sierra, sintieron inflamarse en sus pechos, el fuego sagrado del patriotismo y decidieron sacrificarse por el bien social, apoderándose del Gobierno; con este motivo, varios pueblos de la sierra y del valle, invadieron la ciudad, comenzando desde luego a registrarse las defunciones por tifo; una en agosto, Prisciliano Martínez del pueblo cercano de Xochimilco, otra en octubre, Isauro Ramírez de Ixtepeji perteneciente al Distrito de Ixtlán y tres en diciembre; de estos, unos, Isidro Torres de Atepec, perteneciente, también, a la zona infectada del Distrito de Ixtlán y otro, Juan García de la Trinidad de las Huertas, agencia municipal tan cercana a Oaxaca como el pueblo de Xochimilco. Todas estas muertes acaecieron en el Hospital General, con excepción de una de ellas que ocurrió en la sexta calle de Libres, situada hacia el N. O. en las afueras de la ciudad.

He querido citar los nombres de las primeras víctimas, al principio y al fin de 1914, antes y después del movimiento a que aludí, anteriormente; porque establecen la conexión entre la epidemia de la ciudad de Oaxaca y los focos endémicos que el tifo había dejado en los pueblos del valle y de la sierra de Ixtlán, fijando así la génesis de la epidemia en cuestión.

En efecto, fuera del mes de julio que interrumpió la sucesión de 1914, y a partir de agosto del mismo año, que marca el principio de la renovación, después de la entrada a la ciudad; de las fuerzas irregulares de la sierra y el valle, los casos se prosiguieron los meses siguientes de 1914, en la forma que acabamos de ver y continuaron en 1915, produciendo cinco defunciones en enero, dos en febrero, cinco en marzo, ocho en abril y cuatro en mayo; diez y siete de ellas en el Hospital General y las restantes en los barrios del Este y Sur de la ciudad.

Después, segunda suspensión en junio, en cuyo mes no hubo defunción alguna; el tifo se arrastraba así, entre la gente menesterosa y sucia que puebla los hospitales; quizá habría encontrado, todavía, en estos momentos, una barrera infranqueable en las condiciones sociales, relativamente, buenas de la ciudad; pero, como en julio, el mes blanco de 1914, encontró, otra vez, en junio, el mes blanco de 1915, un aliado poderoso en el trastorno político.

El día cuatro de este mes, el Gobierno del Estado, en conflicto con el Centro declaraba que el Estado asumía su Soberanía, en vista de las circunstancias por las que atravesaba la Nación.

Desde ese momento el Distrito del Centro y los Distritos circunvecinos quedaron aislados del resto de la República; el Gobierno se vió reducido a los recursos que podía extraer de la ciudad y los que podían proporcionarle las autoridades que, de acuerdo con él, administraban algunos de esos Distritos y todo esto ante una situación que exigía gastos de reclutamiento y de sostenimiento de fuerzas; el dinero desaparecía, los artículos de primera necesidad sufrieron un enrarecimiento y, consecutivamente, una alza que los ponía por encima del nivel medio de las posibilidades sociales, encontrar el maíz, la carne, etc., era empresa que necesitaba esfuerzos y en ocasiones largos desalojamientos; grupos de limosneros andrajosos y mugrientos atravesaban las calles, recogiendo cáscaras de fruta para alimentarse, estacionándose en los atrios de los templos y en las puertas de las casas, vivíamos en un antro, en un ápndice adherido a la República; pero sin comunicación con ella, la infección en vaso cerrado tan peligrosa para los individuos, como para las colectividades, se había relizado en la ciudad de Oaxaca.

El tifo que había reaparecido produciendo 4 defunciones en julio y 7 en agosto, ascendió, rápidamente, ocasionando 49 en septiembre, 161 en octubre, 440 en noviembre y 322 en diciembre, total 1,0007 muertos, de las cuales 972 correspondieron a los cuatro últimos meses del año.

Nótese la diferencia de resultados; la primera inoculación produjo 27 defunciones de enero a junio de 1914 no encontrándose ya, ni una sola en el mes de julio; la segunda, efectuada en la segunda quincena de julio, ocasionó 29 defunciones de agosto de 1914 a marzo de 1915, no registrándose ya, ni una sola defunción en junio, el estado general de la ciudad de-

cidio la lucha, dos veces, en favor de ella; pero su resistencia disminuye en junio, los acontecimientos la deprimen de manera considerable y, preparado el terreno, se produce la explosión.

Vencida la ciudad quedaron sin protección los Distritos de Zimatlán, Ocotlán y Ejutla, para quienes la Capital era una barrera contra la infección y que, como lo vimos, anteriormente, forman la prolongación de la zona templada hacia el Sur; el tifo los invadió rápidamente; en esos Distritos; las condiciones eran pésimas; la gente hambrienta y sin hogar de los pueblos vecinos, se acostaba en el piso de los portales para no levantarse más: en una visita a Ocotlán, en plena epidemia, he visto una india enflaquecida y harapienta caminar bamboleándose y caer desplomada a un lado de la calle; en ese pueblo habían sacado a los presos de la cárcel para trasladarlos a un viejo edificio conventual, anexo al templo, donde también abandonaban casi sin recursos a los tíficos y allí quedaron entregados a la caridad de un pueblo, víctima de la miseria y del pánico; cuando estas calamidades lo permitían, llegaba allí el alimento, y cuando no, aquellos infelices gritaban de hambre. Pero dejemos eso.

El tifo invadió, igualmente, el Distrito de Etla en contacto inmediato, por el Norte, con el Distrito del Centro. Por la zona de Ocotlán y Ejutla, no parece haber pasado, más allá del Distrito de Miahuatlán; aquí, como del lado de Ixtlán y del lado de Tlacolula, suspendió sus ataques al contacto del anillo cálido que, por esta parte, queda cerrado por el Distrito de Pochutla.

El año de 1916 se inició con 164 defunciones en enero, 56 en febrero y 28 en marzo; en este mes se restablecieron las comunicaciones y el descenso, a partir de esta fecha, se acentuó rápidamente, arrojando la epidemia, para el año de 1916, un total de 334 defunciones y después, solamente, 11 de enero a abril de 1917 en que pudo darse por terminada.

Salidas de la ciudad las fuerzas de la Soberanía se fue con ellas el tifo invadiendo, como lo indica el itinerario los Distritos de Nochistlán, Teposcolula y Tlaxiaco, que forman la zona de la mixteca deteniéndose, también, aquí, al contacto de la zona caliente que, como antes lo manifesté, está formada, en esta región, por los Distritos de Putla y Jamiltepec y la prolongación de la zona de Matamoros de Izúcar del Estado de Puebla.

El tifo, en un principio, atacó, de preferencia, a los hombres; después, en el rigor de la epidemia, las mujeres pagaron el mayor tributo; el 59, 38 por 100 para 1915 y el 58, 68 por 100 para 1916; en tanto que los hombres dieron el 41, 01 por 100 para el primero y el 41, 31 por 100 para el segundo de los mismos años. Ocasionó el mayor número de víctimas en las personas comprendidas entre el 20 y 40 años de la vida, que dieron una proporción de 38, 72 por 100 para 1915 y de 42, 21 por 100 para 1916; finalmente; mientras que la clase acomodada contribuyó con el 10, 82 por 100 de mortalidad, la clase más baja dió el 62, 06 por 100.

Estos detalles y otros que no me detienen, como el tanto por ciento mensual, se encuentran contenidos o se pueden extraer, de los cuadros que pongo a continuación y en los que se sigue, paso a paso, el curso de la epidemia; como se sigue su itinerario y se concreta su intensidad, en los dos mapas que acompañan este estudio.

En estos cuadros, no figuran 167 hombres y 111 mujeres que murieron en un lazareto improvisado en las cercanías de la ciudad, según los datos que, a solicitud mía, me fueron enviados de Coyoacán por mi estimable amigo el Sr. Dr. Guillermo Cerqueda que, en aquella época, fungió como Director del Lazareto; porque, según los datos a que me refiero, algunos de esos cadáveres fueron enterrados en el Panteón General de la ciudad; otros, en el del pueblo de San Juanito y, otros más, en las cercanías del mismo lazareto.

Ahora bien los enterrados en el Panteón General, han sido tomados en consideración en esos cuadros, ya que los datos que sirvieron para formarlos fueron extraídos, personalmente por mí, de los libros del archivo del Panteón General, cotejados con los que arrojan las actas de defunción levantadas en el Registro Civil de la ciudad; respecto a los inhumados en San Juanito, es imposible establecer nada fijo, pues ni en el archivo de esta Agencia Municipal, ni en su panteón, ni en el Registro Civil de la ciudad existe dato alguno acerca de ellos, por no haberse levantado ninguna acta, según constancia oficial que tengo en mi poder; en cuanto a los inhumados en las cercanías del lazareto, según la investigación abierta por mí, entre los antiguos servidores del extinto lazareto, fueron solamente tres.

En vista de la imprecisión que resulta de lo que acabo de decir, he preferido para conservarme dentro del campo de una verdad que me satisfaga, no tomar en consideración esos muertos y tener en cuenta únicamente, que sobre las 1,352 de funciones que arrojan los datos de la ciudad, puede existir un aumento que, en ningún caso, tocaría la cifra de 167 para los hombres y 111 para las mujeres.

**CUADROS que indican el número de hombres y mujeres muertos de tifo en la ciudad  
de Oaxaca, los años de 1915, 1916 y 1917**

**AÑO DE 1915**

MESES	HOMBRES	MUJERES	TOTAL
Enero.....	5	0	5
Febrero.....	1	1	2
Marzo.....	4	1	5
Abril.....	4	4	8
Mayo.....	2	2	4
Junio.....	0	0	0
Julio.....	1	3	4
Agosto.....	3	4	7
Septiembre.....	25	24	49
Octubre.....	75	86	161
Noviembre.....	158	282	440
Diciembre.....	135	187	322
<b>TOTAL.....</b>	<b>413</b>	<b>594</b>	<b>1,007</b>

**AÑO DE 1916**

MESES	HOMBRES	MUJERES	TOTAL
Enero.....	74	90	164
Febrero.....	19	37	56
Marzo.....	11	17	28
Abril.....	5	16	21
Mayo.....	5	7	12

MESES	HOMBRES	MUJERES	TOTAL
Junio .....	6 .....	9 .....	15 .....
Julio .....	8 .....	7 .....	15 .....
Agosto .....	3 .....	2 .....	5 .....
Septiembre .....	2 .....	2 .....	4 .....
Octubre .....	2 .....	5 .....	7 .....
Noviembre .....	3 .....	1 .....	4 .....
Diciembre .....	0 .....	3 .....	3 .....
<b>TOTAL</b> .....	138 .....	196 .....	334 .....

**. AÑO DE 1917**

MESES	HOMBRES	MUJERES	TOTAL
Enero .....	3 .....	1 .....	4 .....
Febrero .....	2 .....	3 .....	5 .....
Marzo .....	0 .....	1 .....	1 .....
Abril .....	1 .....	0 .....	1 .....
<b>TOTAL</b> .....	6 .....	5 .....	11 .....

Posteriormente al mes de abril no se registró ninguna defunción y la epidemia pudo darse por concluida.

**CUADROS que manifiestan las defunciones causadas por el tifo en los distintos períodos de la vida, durante los años de 1915, 1916 y 1917**

1915

**AÑOS DE EDAD**

Meses	Menos de 10	de 10 a 20	de 21 a 40	de 41 a 60	más de 60	Se ignora	Total
Enero.....	0	1	1	3	0	1	5
Febrero.....	0	1	1	0	0	0	2
Marzo.....	0	1	2	2	0	0	5
Abril.....	0	2	3	2	0	1	8
Mayo.....	0	1	2	1	0	0	4
Junio.....	0	0	0	0	0	0	0
Julio.....	0	0	3	1	0	0	4
Agosto.....	0	2	3	2	0	0	7
Septiembre.....	1	4	25	11	5	3	49
Octubre.....	18	10	62	51	8	12	161
Noviembre.....	32	24	168	146	54	16	440
Diciembre.....	24	26	120	115	24	13	322
<b>SUMA.....</b>	<b>75</b>	<b>71</b>	<b>390</b>	<b>334</b>	<b>91</b>	<b>46</b>	<b>1,007</b>

1916

**AÑOS DE EDAD**

Meses	Menos de 10	de 10 a 20	de 21 a 40	de 41 a 60	más de 60	Se ignora	Total
Enero.....	12	12	68	55	15	2	164
Febrero.....	10	3	22	17	4	0	56
Marzo.....	0	6	11	8	3	0	28
Abril.....	0	3	11	4	2	1	21

Meses Menos de 10 = de 10 a 20 = de 21 a 40 = de 41 a 60 = más de 60 = Se ignora = Total

Mayo	9	1	4	4	2	1	12
Junio	1	0	10	3	1	0	15
Julio	1	2	5	5	2	0	15
Agosto	0	1	2	2	0	0	5
Septiembre	0	0	2	2	0	0	4
Octubre	0	2	3	1	0	1	7
Noviembre	0	0	2	1	1	0	4
Diciembre	0	1	1	1	0	0	3
SUMA	24	31	141	103	30	5	334

1917

AÑOS DE EDAD

Meses Menos de 10 = de 10 a 20 = de 21 a 40 = de 41 a 60 = más de 60 = Se ignora = Total

Enero	0	1	3	0	0	0	4
Febrero	0	0	3	2	0	0	5
Marzo	0	0	0	0	1	0	1
Abril	0	0	1	0	0	0	1
SUMA	0	1	7	2	1	0	11

Total de defunciones..... 1,352

Tratando de orden, estas defunciones, en grupos correspondientes a las condiciones sociales, para fijar la proporción en que cada grupo contribuyó a la mortalidad epidémica; después de considerar oficios, profesiones, ubicación de las casas, etc.; encontré, como índice más sencillo y seguro, el precio de la fosa de inhumación.

Las fosas de inhumación, según su precio, se reparten, en el Panteón General en cuatro cuadros, 1º=2º=3º=4º, siendo el más caro el primero y el más barato el cuarto; de esta manera el factor económico establece categorías que reflejan, bastante bien, las condiciones de lucha durante la vida; de acuerdo con este criterio fueron arreglados los tres cuadros siguientes correspondientes a los años de 1915, 1916 y 1917.

1915

**Cuadros del Panteón General**

MESES	1º	2º	3º	4º	TOTAL
Enero... ..	1.....	1.....	0.....	3.....	5.....
Febrero.....	0.....	1.....	0.....	1.....	2.....
Marzo.....	0.....	0.....	0.....	5.....	5.....
Abril.....	1.....	0.....	2.....	5.....	8.....
Mayo.....	0.....	1.....	1.....	2.....	4.....
Junio.....	0.....	0.....	0.....	0.....	0.....
Julio.....	0.....	1.....	0.....	3.....	4.....
Agosto.....	1.....	2.....	1.....	3.....	7.....
Septiembre...	11.....	6.....	8.....	24.....	49.....
Octubre.....	16.....	7.....	18.....	120.....	161.....
Noviembre...	48.....	51.....	67.....	274.....	440.....
Diciembre...	31.....	39.....	67.....	185.....	322.....
Total....	109.....	109.....	164.....	625.....	1,007.....

1916

**Cuadros del Panteón General**

MESES	1º	2º	3º	4º	TOTAL
Enero.....	28.....	32.....	31.....	73.....	164.....
Febrero.....	7.....	9.....	14.....	26.....	56.....
Marzo.....	9.....	3.....	5.....	11.....	28.....
Abril.....	1.....	4.....	4.....	12.....	21.....

1916

**Cuadros del Panteón General**

MESES	1º	2º	3º	4º	TOTAL
Mayo.....	3.....	4.....	1.....	4.....	12.....
Junio.....	2.....	2.....	5.....	6.....	15.....
Julio.....	3.....	4.....	1.....	7.....	15.....
Agosto.....	0.....	0.....	1.....	4.....	5.....
Septiembre...	0.....	0.....	1.....	3.....	4.....
Octubre.....	2.....	0.....	1.....	4.....	7.....
Noviembre...	2.....	0.....	1.....	1.....	4.....
Diciembre....	0.....	1.....	1.....	1.....	3.....
<b>Total....</b>	<b>57.....</b>	<b>59.....</b>	<b>66.....</b>	<b>152.....</b>	<b>334.....</b>

1917

**Cuadros del Panteón General**

MESES	1º	2º	3º	4º	TOTAL
Enero.....	1.....	0.....	0.....	3.....	4.....
Febrero.....	2.....	1.....	0.....	2.....	5.....
Marzo.....	1.....	0.....	0.....	0.....	1.....
Abril.....	0.....	0.....	0.....	1.....	1.....
<b>Total....</b>	<b>4.....</b>	<b>1.....</b>	<b>0.....</b>	<b>6.....</b>	<b>11.....</b>

Por último, teniendo en cuenta el censo efectuado en 1910 y que arrojó, para la ciudad de Oaxaca la suma de 35,049 habitantes; resulta que, la epidemia, a que este trabajo se refiere ocasionó una mortalidad de..... 38,57 por 1,000.

Deliberadamente, me he mantenido lejos de toda idea que pudiera inclinarme a la erudición y me llevara a salpicar este estudio, de citas y recordaciones, oscureciendo, en él, la importancia local que, solo puede conservar dentro de un carácter, meramente, informativo.

Ahora bien, a la luz de este deseo, pueden hallarse en él, huecos que habría sido interesante llenar; por ejemplo, la relación entre las defunciones y el número total de los atacados que permitiría fijar la morbosidad de la infección no se encuentra; los médicos que, en los días álgidos de la epidemia dieron aviso a la autoridad de los casos que atendían, no lo hicie-

ron al principio de la misma y de los partes rendidos no se tiene noticia de ninguno; en cuanto a los pueblos indígenas invadidos, lo he dicho al principio de este trabajo, la oscuridad es completa, en lo que a este punto se refiere, nuestro servicio de Estadística, deficiente en la Capital se nulifica completamente en la periferia.

Bien sé que estos hechos y otros y otros que se habrán encontrado en el curso de mi exposición; así como los que se pusieron a descubierto en el trabajo sobre «Mortalidad Infantil» que presenté, anteriormente, podrán despertar ideas desfavorables que, quizá lastimen la sensibilidad de personas celosas del buen nombre provincial; pero yo me propongo, en cada uno de mis modestos estudios, hacer desfilan, ante esta docta Corporación, una serie de miserias que reclaman acción sobre nuestro medio social; toca a los señores académicos, generalizar, sabiamente, y sospechar que si, en otros Estados hubiera quien levantara el velo, como yo levanto el extremo que tengo al alcance de mis manos, no sería la ciudad de Oaxaca la que batiera un record; sino, tal vez, la Nación entera resultara batiendo records que no sabemos y que sería de importancia descubrir.

Quédese, por ahora, bosquejada, ante los higienistas que hayan tenido la cortesía de escucharme, la imagen de una Capital, amenazada, seriamente, por las condiciones higiénicas de los pueblos indígenas que la rodean; quédese planteado, ante ellos, bajo un aspecto, por demás interesante, el pavoroso problema del indio que, con caracteres tan trágicos, se ofrece a los sociólogos y políticos de la República.

Ramón  
Tardío